

DON RODULFO DE PEDRAJAS.



NUEVA RELACION, Y CURIOSO ROMANCE,
 en que se dá cuenta, y declara los valerosos hechos,
 y aventuras de fortuna, que le sucedieron á Don
 Rodulfo de Pedrajas, natural de Morales del Rey;
 y como su Magestad (que Dios guarde) le
 premió por sus hazañas.

PRIMERA PARTE.

Todo vandido se esconda,
 no manifieste la charpa,
 á vista de mis arrojos.
 Tiemblen los guapos de España,
 temple su ira Oliveros,
 vencedor de las batallas.
 Calle Bernardo del Carpio,
 que entre cerros, y cañadas,

se quedó pidiendo guerras
 por yerro de su ignorancia.
 No soy el Cid, ni Sanson,
 que columnas derribaba
 en defensa de su agravio,
 cuyo valor publicaba;
 que morir por Dios, y el Rey,
 es dar lauros á la fama.

Y porque sepan quien soy,
mi nacimiento, y crianza:
Nací en Morales del Rey,
Don Rodulfo de Predrajas,
que el astro de mi fortuna
me señaló letras, y armas.
Llegué á cumplir veinte años
comprando cavallo, y charpa;
y cargando de tabaco
á Zaragoza pasaba,
y en breve lo despaché:
y bolviendome á mi casa
en el camino encontré
á Pelagio, que los Guardas
lo llevaban maniatado,
y despojado de armas:
así que los conocí,
los aguardé á que llegáran,
y les dixe: Cavalleros,
el prisionero, y las cargas,
al punto lo soltadís,
que Don Rodulfo lo manda;
hoy es preciso morir,
que la muerte á todos llama;
á un tiempo me dispararon
dandome carga cerrada;
yo disparé mi trabuco,
y les maté cinco Guardas,
los que quedaron huyeron,
que el miedo los acobarda,
y despaché á Don Pelagio,
sin que nada le faltára.
Y caminando á Morales,
puse pública Aduana
de vino, tabaco, y carne,

de polvora, y de barajas:
á los presos los liberto,
y socorro al que me llama.
Digalo la Real Sevilla,
quando un Jueves de mañana
iban á ahorcar un hombre,
y compasivas lloraban
dos mugeres en sus calles:
les pregunté, qué es la causa
de vuestra grande afliccion?
Y al punto me replicaban:
hoy le dán muerte á mi Padre,
quedamos desamparadas;
porque un hombre mató á otro,
y el matador se ausentaba,
el Escrivano asesino
á mi Padre se la carga.
Les dixé, se retirasen,
y previniendo mis armas
de pronto me fui á la Carcel
donde el Secretario estaba,
para dar fé, y testimonio
de sus letras mal fundadas;
y vide sacar al pobre,
que los Padres le auxiliaban,
y caminan al suplicio,
y llegandome á la escala,
yo les hice detener,
y al Escrivano llamaba:
Ven acá hombre infeliz,
condenado, y de mal alma,
que por tu culpa le dán
muerte al que no tiene causa.
Me respondió: del Consejo
ha venido sentenciada,

que

que se haga esta justicia.
Y desnudando la espada,
la cabeza le corté,
dexando el cuerpo sin alma.
Pedian favor al Rey
los Soldados de la guardia;
y brioso con mi azero
despojé toda la plaza,
donde hice doce muertes,
y otros las piernas quebradas:
Metí al reo en San Francisco,
sin que nadie lo estorvára.
Y caminando á mi tierra,
hallé mi casa cercada
de un gran cordon de Soldados;
que con orden de la Sala
venian para prenderme
vivo, ó muerto me entregáran:
Y yo viendome perdido,
echando mano á las armas
los aventé como moscas,
que salen desperdigadas.
A este tiempo en Barcelona
en su eminente montaña
andaban quarenta hombres,
que robaban, y mataban
á todos los pasajeros,
y algunos Pueblos asaltan:
Y haviendo orden del Rey,
que aquel termino cercáran,
y si los prenden, en horcas
pongan en públicas plazas;
y el Señor Governador
no pudo adelantar nada,
porque los dichos ladrones

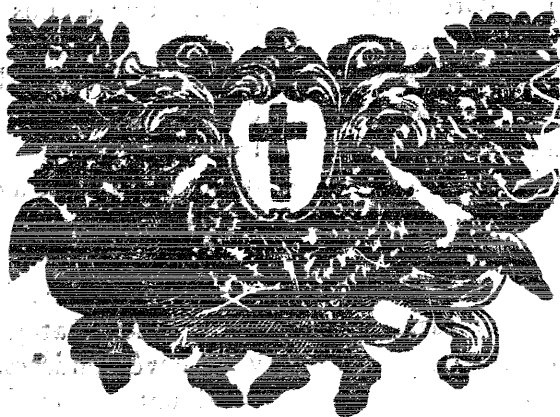
alguna gente le matar.
A la Ciudad se bolvió,
y al punto escribió una carta,
dando parte á Don Rodulfo,
diciendole, que esperaba,
no se dilate en venir,
que le dá firme palabra,
de ser su padrino en todo.
Y sin temer mi desgracia,
en un ligero cavallo,
qual aguila que volaba,
llegué á los montes de Bernia,
y el Marqués de Huelma pasa
con su Esposa, y sus dos hijas,
Mayordomos, y criadas:
salieron ocho ladrones,
y á todos los maniatan;
quieren violar la Marquesa,
y aquellas doncellas castas,
en presencia del Marqués,
socorro al Cielo clamaban.
Fui corriendo á estos lamentos,
y antes que ellos llegára,
me salen á recibir
con escopetas cargadas,
diciendo: quién viene allá?
les dí la respuesta en balas;
de los ocho maté á cinco,
y los otros tres con alas
fiados en sus cavillos;
mas fue diligencia vana,
que el paso les atajé,
y los llevé donde estaban
los difuntos compañeros
porque atados los veláran;

y sacando mi rejon
corté las cuerdas delgadas,
que oprimian al Marqués,
y á las Señoras, que estaban
de aquel susto quasi muertas:
O vilipendiosa infamia!
Me ofrecian grandes premios,
y dixo Doña Constanza,
hija del proprio Marqués,
la que rogó que tomara
de su mano una fineza,
me presentó una esmeralda,

y me dice: Cavallero,
en vuestro pecho guardarla,
que puede ser que algun tiempo,
sea honor de vuestra casa.
Mostrandome agradecido,
fui con ellos en compañia
hasta sacarlos del monte,
no suceda otra desgracia.
Dexemos la primer parte
del mayor guapo de España,
y acabaré en la segunda
de referir sus hazañas.

F I N.

Se hallará en la Imprenta, y Libreria de Andrés de Sotos, calle
de Bordadores, frente de la Parroquia
de San Ginés.



DON RODULFO DE PEDRAJAS.



NUEVA RELACION, Y CURIOSO ROMANCE,
en que se dá cuenta, y declara los valerosos hechos,
y aventuras de fortuna, que le sucedieron á Don
Rodulfo de Pedrajas, natural de Morales del Rey;
y como su Magestad (que Dios guarde) le
premió por sus hazañas.

SEGUNDA PARTE.

YA dixé en la primer parte
como libres se quedaban,
y al Marqués le supliqué
que el testimonio firmára
de todo lo sucedido,
porque es preciso que vaya
á ver el Conde de Flores,
que suya tengo una carta,

en que me embia á llamar:
sin dilacion me despacha.
Como un ray disparado
bolví donde se quedaban
los muertos, y prisioneros,
y á éstos hice que montáran
cada uno en su cavallo,
y que los muertos lleváran,

has-

hasta entrar en la Ciudad:
y cerca de las murallas,
el señor Gobernador
vino á registrar las cargas.
Preguntó, qué gentes es esta
que vienen con esta traza?
Señor, son los gavilanes,
que á caminantes estafan.
Respondió el Gobernador:
En este dia mi hermana
me noticia por un pliego,
como estuvo maniatada,
el Marqués, y mis sobrinas,
y que quisieron violarlas
sin tener apelacion;
y que debe darle gracias
á un famoso Cavallero,
que por el monte pasaba.
Me alegrára el conocerle,
y traerlo en mi compañía.
Pues yá tiene su Excelencia
el que lo hizo á sus plantas;
le presenté el testimonio,
y la fecha de la carta.
Luego mandó que los reos
á la carcel los lleváran.
Me dió su lado derecho,
diciendo, que celebrára
prender los quarenta hombres,
que andan cometiendo infamia
en lo aspero de estos montes.
Don Rodolfo dió palabra
de traerlos prisioneros,
y con diez Soldados marcha
hasta la vera del bosque;

y descubriendo sus calas,
puso en ellas centinelas,
con una orden cerrada,
que si escuchan venir gente
les tiren sin repugnancia.
Solo me metí en las Breñas,
su espesura paseaba,
poniendo lazos, y cepos
por el suelo, y por las matas,
hasta llegar á la cueva
donde ellos habitaban,
y estaban con gran función,
con Brindis se saludaban.
Al ayre disparé un tiro,
y en silencio se quedaban
diciendo: perdidos somos,
cada qual tome sus armas,
para defender sus vidas,
y en el monte se repartán;
y conforme iban andando
enlazados se quedaban,
y sin poderse valer
les quité todas las armas.
Hize venir los Soldados,
y con sogas los amarran,
y antes que fuera de dia
tomamos la caminata
al Puerto de Barcelona,
y un Soldado se adelanta,
y dixo al Gobernador:
Desde que España es España
no hubo hombre mas valiente,
ni de mas heroica hazaña;
él solo prendió los hombres,
sin que nadie le ayudára.

Victorioso con mi presa
al Conde se la entregaba,
en ocasion que venian
los Soldados de la playa
á decirle á su Excelencia:
De Turcos una Fragata
sigue á otra de Christianos;
y la llevan apresada,
y aprisa piden socorro;
y suspenso se quedaba
al oirlo, y dixé entonces:
Mande Usia, que una Lancha
me fleten, y unos Soldados,
y verán cortar mi espada
las cabezas de Paganos,
si el Cielo me dá ventaja
en poderlos alcanzar;
y con cuidado remaban,
y llegamos á abordar,
y saltando en la Fragata,
cortando brazos, y arneses,
sus cabezas derribaba:
veinte Moros les maté,
sin que agravio me tocára;
y viendose mal heridos
todos soltaron las armas,
diciendo noble Christiano
cese el rigor de tu espada.
Desembarcamos en tierra,
y nos hicieron la salva,
y los cautivos Christianos
por mí la victoria aclaman,
y todos los Cavalleros,
y el Governador me abrazan.
Y luego al dia siguiente

se dispuso la jornada
á la Corte de Madrid,
y le cuentan mis hazañas
al Catholico Fernando,
el que yá informado estaba.
Mandó que entrase allá dentro,
y asi que llegué á la sacra,
de rodillas me postré,
me pregunto por mi Patria:
soy de Morales del Rey,
y venero vuestras plantas.
Generoso me responde;
yá es Morales de Pedrajas,
y Marqués de Santa Cruz,
y gran Conde de la Habana,
y de Mexico Virrey,
y General de las Armas,
Cavallero Comandante:
Con Doña Alberta Constanza
es preciso que os castis.
Y al punto los desposaban.
Su Magestad le dió en dote,
que el manto que cobijaba,
con él liberte los Reos,
que tengan algunas causas.
Puestos á los pies del Rey,
celebrándole estas gracias:
O Serenísimo Rey
Fernando, luz de la España,
gran consuelo de Españoles,
viva en el mundo tu espada,
y Doña Barbara Quinto,
para bien, edades largas,
defensores de la Fé
de nuestra Iglesia Romana:

tiemblen todas las Naciones
al temer de vuestra fama.
O queridos Españoles
decid todos á sus plantas,
viva , viva el Rey Fernando
con tranquilidad sobrada,

y verán de Don Rodolfo
su historia finalizada.
Y aqui Juan Antonio Lopez,
que es el Autor de esta plana,
á los oyentes suplica,
que le perdonen las faltas,

FIN.

Se hallara en la Imprenta , y Libreria de Andrés de Sotos , calle
de Bordadores , frente de la Parroquia
de San Ginés,



BIBLIOTECA
UNIVERSITARIA